

chez y Alonso de Zárate: su declaración fué la siguiente:

«Es imposible que humanamente pueda ningún artífice pintar ni obrar cosa tan primorosa, limpia y bien formada en un lienzo tan tosco como es la tilma ó ayate en que está la divina y soberana pintura de la Santísima Virgen Nuestra Señora de Guadalupe, que han visto y reconocido, por estar obrada con tan grandes primores y hermosura de rostro y manos, que los admira y pasma, así á ellos como á cuantos la ven. Y así mismo la disposición y partes tan bien distribuídas de su Santísimo cuerpo, y lindos trazos y arte del ropaje, que no ha de haber pintor por diestro que sea, como los ha habido en esta Nueva España, que perfectamente le acierte á imitar el colorido, ni determinar si es al temple ó al óleo la dicha pintura, porque parece lo uno y lo otro y no es lo que parece. Porque Dios Nuestro Señor solamente sabe el secreto de esta obra, y la perpetuidad de su conservación en la fortaleza y permanencia de sus lindos colores y dorado de las estrellas, labores y orlas de la vestidura y tez de la pintura que parece está acabada de hacer con la hermosísima encarnación del rostro y manos, y con las demás circunstancias con que la han visto infinitas veces, y al presente la han reconocido en presencia del Excmo. Sr. Marqués de Mancera, y del Ilmo. Deán y Cabildo de esta Santa Iglesia suya. Y haciendo todas las diligencias que conforme á su arte tienen obligación para cumplir con lo que les está encargado y mandado por dicho señor Deán y Cabildo eclesiástico, habiendo tocado con sus propias manos dicha pintura de dicha Sacratísima Imagen, no han podido hallar ni descubrir en ella cosa que no sea miste-

»riosa y milagrosa, y que otro que Dios Nuestro Señor, no pudo obrar cosa tan bella y de tantas perfecciones como en la Santa Imagen han hallado. Y por lo imposible de poderse aparejar y pintar en dicha tilma ó lienzo de ayate, tienen por sin duda y afirman sin ningún escrúpulo: Que el estar en el ayate ó tilma del dicho Juan Diego estampada la dicha Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, fué y se debe atribuir y entender haber sido obra sobrenatural y secreto reservado á la Divina Majestad, así como la conservación de los colores y ropaje de túnica que la entresacan y distinguen de unas nubes blancas que tiene por orla y campo.

»Y advertimos y notamos que toda la Santísima Virgen se ve distintamente pintada por el envés del lienzo, y de la misma manera los colores, en que se reconoce evidentemente que no tiene aparejo ninguno ni imprimación el dicho lienzo, más que el cuerpo que los mismos colores le dieron tupidos é incorporados con los hilos toscos de dicho lienzo. Y concluyeron que lo que llevan declarado lo sienten así conforme á su arte de pintar, y á mayor abundamiento, el dicho licenciado Juan Salguero lo juró *in verbo sacerdotis* puesta la mano en el pecho, y los demás á Dios y á la cruz en debida forma de derecho.»

Sigue á esta declaración la de los protomédicos que fueron: el Dr. D. Lucas de Cárdenas y Soto, catedrático de prima de medicina en la real Universidad: el Dr. don Gerónimo Ortiz, decano de la facultad de medicina y catedrático de vísperas; y el Dr. D. Juan Melgarejo, catedrático de método.

Su certificación unánime y conforme es la siguiente:

«Que no sólo han podido ayudar á la conservación el

»terreno húmedo y salitroso por estar situada la Ermita
 »á las orillas de la laguna que llaman de Tezcuco, ni los
 »aires y vientos que por el Oriente, Mediodía y Ponien-
 »te soplan de continuo y participan de la humedad del
 »agua por donde pasan, y del calor de las regiones cálidas
 »de donde vienen, y que, según buena filosofía y
 »principios de medicina, han de ser húmedos y calientes,
 »sino que antes habían de causar su total ruina y
 »ocasionarle su destrucción, como se ve en las piedras y
 »hierros, y amortiguar la fineza de sus colores, deslust-
 »rando y empañando su tez con el nitro (que en esta
 »tierra llaman *tequesquite*) como lo demuestran las demás
 »imágenes pintadas al óleo, y con aparejo para durar y
 »permanecer, que en menos transcurso de tiempo, ó se
 »comen con el salitre, ó se deslustran con los vientos, ó
 »se empañan con los accidentes que cría el tequesquite.

»De lo cual, apoyado con erudición y fundamento de
 »razones y textos, sacaron por legítima consecuencia que
 »la perseverancia de tantos años en la viveza de colores
 »y forma de la Santa Imagen y la indemnidad y permanencia
 »de la materia del ayate, con principios tan contrarios á
 »ella, no pueden tener causa natural, y sólo puede ser
 »principio de ella él solo que puede obrar sobre todas las
 »fuerzas de la naturaleza milagrosos efectos.

»Hicieron además reparo, en que no viéndose en toda
 »la haz de la Santa Imagen, colores verdes, ni en el rostro
 »ni en las manos, ni en el ropaje, ni en otra parte del
 »lienzo, por el envés se divisan y distinguen finísimos
 »colores verdes como de hojas de azucenas y otras yerbas.
 »En lo cual vacila el entendimiento, se confunde el discurso
 »y rinde el misterioso prodigio: porque si Aristóteles,

»príncipe de la filosofía, asienta como principio incon-
 »cuso que un principio en un mismo sujeto, y con las
 »mismas disposiciones no puede por menos de obrar
 »siempre un mismo efecto, ¿cómo el color verde del en-
 »vés de la tilma no se imprime por la parte del haz? Dios
 »solo que lo hizo, sabe el como.

»Lo segundo que observaron fué que tanteando la ma-
 »teria del lienzo en que está la Sagrada Imagen por el
 »envés está áspera, dura y consistente, y por el derecho
 »suave y blanda como una seda; de suerte que siendo
 »un sujeto mismo, por la superficie interior tiene distin-
 »tas y aun contrarias cualidades que por la anterior.
 »¿Qué causa haya para que la aspereza y dureza del
 »lienzo vasto que ocupa la haz posterior, no pase ni pe-
 »netre á la haz anterior, contra lo que la razón natural y
 »la experiencia nos enseñan y demuestran en cualquier
 »lienzo, que si está húmedo y seco, frío ó caliente, ás-
 »pero ó suave por un lado, tiene por el otro los mismos
 »efectos? No pretendemos escudriñarlo, remitiéndonos
 »al artífice Todopoderoso, que, como en la formación
 »de su Santísima Madre, sobrepujó en lo más las leyes
 »de la naturaleza, en la delineación de esta Imagen suya,
 »excedió las reglas ordinarias para que se entendiese
 »que en lo milagroso eran muy parecidas el original y la
 »copia, lo vivo y lo pintado.»

Contra el parecer de los citados peritos y profesores,
 no hay que apelar á la defensa de la vidriera con que
 estuvo cubierta la Imagen, pues aun cuando haya podido
 ponerla al abrigo del polvo y otras injurias del tiempo,
 no por eso podría haberla garantizado de otros gérmenes
 de natural destrucción, tratándose de tan débil tejido
 como el de la manta de un indio, tejida con hilo de palma.

Además hasta el año de 1647 no hay memoria de que se colocase á la Santa Imagen entre vidrieras.

Debióse la primera á la devoción de un bienhechor, y á pesar de que fué á dos piezas, fué tenido por dádiva propia de príncipe.

Los duques de Alburquerque prometieron enviar luego que llegasen á España una vidriera de una sola pieza, pero no llegó á tenerla la Santa Imagen hasta el año 1766, en que D. Juan José Marqués, dueño de un almacén de vidrios, la donó un cristal azogado de la Real fábrica de San Ildefonso en España, de dos varas de largo y cinco cuartas de ancho.

Cualquiera otra vidriera que hubiese tenido antes la Santa Imagen, compuesta de vidrios ordinarios ó de pedazos de espejos desazogados, no podría por causa de las pinturas servirle de resguardo contra el tiempo y los vientos, ni defenderla del polvo, ni de las partículas del nitro que infeccionan el ambiente de Guadalupe.

Se ha pretendido ver un demérito de la Imagen en el color *verdemar* del manto, que algunos han supuesto que en su origen fué *azul*: pero el gran pintor D. Miguel Cabrera dice que él no lo cree así, sino que siempre fué de color *verdemar*, y da una prueba concluyente en el fino y limpio azul de las alas del ángel que tiene la Señora por peana: pues así como éste ha resistido á los siglos sin perder su viveza, lo mismo hubiera sucedido al manto si su primitivo color hubiera sido azul.

Tampoco debe considerarse como demérito el que en algunas partes alrededor de la Imagen se noten, al parecer, como saltados los colores, porque consta por relación del canónigo D. Francisco Siles, que poco después de la aparición creyeron los que cuidaban de la Santa

Imagen, que sería conveniente á su culto y lucimiento, adornarla con unos querubines que en circuito de los rayos del sol le hiciesen compañía. Hiciéronlo así, pero sucedió que en breve todo lo sobrepuesto al pincel milagroso se desfiguró, y fué preciso borrarlo del todo; así como la santa casa de Loreto despegó de sí otra de ladrillo que para sostenerla la fabricaron en contorno; porque *á donde mete Dios el brazo no se necesitan puntas de manos de hombres*.

De otra circunstancia hace mención D. Miguel Cabrera que la llama *especial*, y aumenta el prodigio de la conservación del lienzo, y es que éste consta de dos piezas iguales, cosidas con un hilo de algodón, bien delgado é incapaz de resistir por sí solo cualquier violencia. Este frágil hilo resiste y continúa resistiendo la fuerza, peso y tirantez de los dos lienzos que une, que son por su naturaleza de género pesado y mucho más recio que el débil algodón.

Opinó Bartolache que el tal hilo no es ni delgado ni de algodón, sino un poco más grueso que los más gruesos del ayate y de la misma materia que ellos.

Sánchez, Florencia, Lorenzana y Cabrera afirman que es de algodón, y á su testimonio debemos estar nosotros, aparte de que en nada perjudica al milagro que ese hilo sea de algodón ó de palma, pues ambos son de bastante consistencia para coser, y ambos demasiado endebles para hacer frente á los siglos.

Otra circunstancia notable del sagrado lienzo, es que la costura, á pesar de ser perpendicular, no toca al rostro de la Virgen como debería haber sucedido porque la Imagen ocupa el centro de la manta. El P. Florencia trata este asunto de la siguiente florida manera: «La

»unión de los dos lienzos de la manta hace un costurón
 »por en medio de ella, y si la Virgen no hubiese inclina-
 »do el rostro modestamente sobre el hombro derecho, se
 »lo señalara y afeara notablemente, y aparece que al pin-
 »tarse en ella la Señora, huyó el rostro con advertido
 »ademán para no parecer fea ni arrugada la que siempre
 »fué toda hermosa y sin arruga.»

La copia de que ya hemos hablado, que mandó hacer el Dr. Bartolache por mano del pintor Gutiérrez, y fué colocada en la capilla del *Pocito*, pronto deslució y amortiguó sus colores, y por último fué indispensable quitarla de la vista del público por el gran deterioro que había sufrido.

Mucho han discutido los historiadores guadalupanos sobre quién fué el celeste pintor de la Imagen. Sánchez dijo que habíale pintado el arcángel San Gabriel, y que al retratarse al pié de ella fué como echar la firma de *Michael Angelo*, que fué el príncipe de los pintores. El P. Florencia dice que pintor fué San Gabriel, el Br. Becerra Tanco atribuye la pintura al ángel custodio de México, juzgando que no hubiera sido decente en la Virgen el ponerse á retratar á un ángel su misma Reina cual es el que tiene el lienzo al pié.

El Sr. Eguiara creyó que la Virgen misma fué la autora de su retrato, como quien con él escribía en el idioma de los indios una carta á la gentilidad de la Nueva España.

El cardenal Lorenzana, Arzobispo de México, dice «sin duda han sido los ángeles y de todas jerarquías los pintores de esta Soberana Imagen.»

Lo cierto es que la Virgen apareció pintada en la manta del indio Juan Diego por orden de Dios y minis-

terio del cielo, sin que tengamos necesidad de saber ciertamente quién la pintó, si el mismo Dios con su dedo inmortal, si la Virgen Santísima por su mano, ó alguno de sus ángeles por encargo suyo.

D. Miguel Cabrera prueba lo milagroso de la pintura é Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe con las siguientes razones:

«La primera, por el ordinario tejido del lienzo, no sólo
 »tosco, sino muy ralo: la segunda, la falta total de apare-
 »jo tan necesario en las pinturas, pues aun el género
 »más suave y de la más fina seda, no se excusa de reci-
 »bir alguna preparación á fin de hacer tratable la super-
 »ficie, y de que los colores no se transporten al reverso
 »del lienzo. La tercera, por la fidelidad de su dibujo, no
 »menos raro y exquisito que primorosamente ejecutado,
 »pues no le han podido imitar los más excelentes pinto-
 »res. La cuarta por la variedad de cuatro especies ó es-
 »tilos de pintar, tan diversos que jamás se han visto
 »unidos, y aquí no sólo se unen, sino que conspiran á la
 »formación del más bello conjunto que puede concebir
 »la fantasía. La quinta por el singularísimo dorado, que
 »se puede decir que es otra especie de pintura, pues ad-
 »mira á todos los peritos su extrañez, su apacibilidad de
 »color, y su impresión, con todo lo demás. Y por eso
 »juzgo que aunque no estuvieran á favor de lo milagro-
 »so de esta pintura, otras indubitables circunstancias
 »que nos la convencen por sobrenatural y maravillosa-
 »mente pintada, como son la inmemorial tradición de
 »padres á hijos sin haber variado en lo sustancial, ni
 »en un ápice entre los españoles ni aun entre los indios
 »el juramento que hicieron el año de 1666 los más céle-
 »bres médicos de la ciudad, y el que en el mismo año

»hicieron los más famosos pintores; aunque faltara todo
 »esto, digo, la sola vista de esta celestial maravilla eficaz-
 »mente persuade, y más á los inteligentes, que toda es
 »obra milagrosa, y excede con clarísimas ventajas á
 »cuanto puede llegar la mayor valentía del arte. El lien-
 »zo por sí, y por lo que es pintura, es el más auténtico
 »testimonio del milagro, en modo tan soberano, é in-
 »comprensible; que no se puede explicar con la materia-
 »lidad de nuestro estilo.»

El P. Florencia es del dictamen de que la Virgen se pintó con el jugo de las flores que por orden de la Soberana Señora recogió Juan Diego en la cima del Tepeyac, y dice que de ahí vino á los indios el hacer imágenes de flores, asentándolas sobre esterillas delgadas que ellos llaman *Petatl*, y hoja por hoja van trazando la Imagen, que después viene á quedar muy vistosa, como con colores formados por el mismo autor de la naturaleza.

El Br. Luis Becerra Tanco no cree «que las flores sir-
 »vieron á la misma Señora de pinceles ni de colores, sino
 »que la última vez que vió al indio la Santísima Virgen
 »á vuelta del montecillo, martes 12 de Diciembre de 1531,
 »que fué á tiempo de salir el sol, como quiera que éste
 »la quedaba á las espaldas y el indio enfrente, y era
 »fuerza que la sombra del bulto de la Virgen hiriese
 »sobre el indio y su manta, de aquí nació que á tiempo
 »de acomodarla para recibir las rosas, quedó represen-
 »tada la Virgen como si fuese en un terso y pulido espe-
 »jo, á cuya razón mandó la Señora á un ángel que dibu-
 »jase y pintase en el lienzo de la manta la sombra de su
 »bulto, y de este modo quedó retratada su Imagen como
 »se ve hoy en día.»

De aquí concluye Tanco que la Virgen Santísima no

fué pintada en el palacio obispal á tiempo de desplegar su manta el indio Juan Diego, para mostrar al venerable Obispo las rosas que le llevaba en señal de su aparición, sino que sin saberlo el portador iba ya pintada la Santa Imagen desde el momento en que le dió el mensaje para el Obispo.

Esto se confirma con el encargo que le hizo la Virgen de que no desplegase en el camino la manta, ni mostrase á ninguno lo que llevaba en ella, sino al venerable Obispo.

Concluyamos, pues, en que la Santa Imagen, no sólo es una maravilla, sino un conjunto de ellas, como dice Cabrera, y según lo define Betancourt, afirmando que Nuestra Señora de Guadalupe mexicana *es el milagro de las Imágenes y en la hermosura un portento*.

El autor pasa á continuación á tratar de la belleza sobrenatural de la Imagen, y de los efectos que causa su vista en el alma de quien la mira.

A este propósito dice: la belleza es una idea abstracta que no tiene existencia alguna fuera de nuestro entendimiento. Apenas hay autor que la haya querido definir, que no haya formado un sistema particular.

Ella es el alma y la luz de la materia, y da sér y esplendor á las figuras: tiene un poder y fuerza extraordinarias que enajenan, transportan y hechizan los sentidos, y como el espíritu percibe esos efectos, se conmueve, se altera, se deja arrastrar por ellos y desea unirse al objeto hermoso que se presenta á los ojos.

En la pintura la expresión es lo que más contribuye á la belleza, porque es el alma de ella, y lo que suspende dulcemente á los espectadores. El colorido, por brillante que sea, nunca podrá ser por sí solo la belleza, aun cuando atraiga y seduzca á primera vista.